

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SANTA LEOCADIA, virgen y mártir, en Toledo en España; la cual en la persecucion del emperador Diocleciano por mandato de Daciano, presidente de España, fué encerrada en una estrecha cárcel, y habiendo oido los tormentos que habian padecido Sta. Eulalia y los otros santos mártires, puesta de rodillas en oracion entregó su alma pura al Criador. (*Véase su historia hoy, y la de la traslacion de sus santas reliquias en las del 26 de abril, pag. 418.*)

SAN RESTITUTO, obispo y mártir, en Cartago, en cuya festividad predicó de sus virtudes al pueblo S. Agustin.

LOS SANTOS MÁRTIRES PEDRO, SUCEO, BASIANO, PRIMITIVO Y OTROS VEINTE, en el Africa tambien.

SANTA VALERIA, virgen y mártir, en Limoges en Francia. (Convirtióse á Jesucristo por la predicacion de S. Marcial.)

SAN PRÓCULO, obispo, en Verona; el cual en la persecucion de Diocleciano fué abofeteado, azotado con varillas y echado de la ciudad; mas restituido despues á su Iglesia, murió en paz.

SAN SIRO, en Pavia, primer obispo de aquella ciudad, esclarecido por sus milagros apostólicos y por sus virtudes. (El apóstol S. Pedro de quien recibió la luz de la fe, y el bautismo, le consagró obispo y le envió á Pavia, cuya Iglesia engendró en Jesucristo. Muchas otras ciudades de Italia ilustró tambien, y por todas partes confirmó con milagros las doctrinas que enseñó. Su vida fué la de un apóstol, y su muerte la de un santo, la cual aconteció en el año 112.)

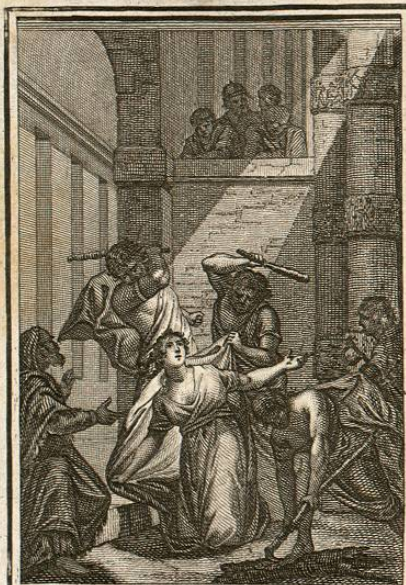
SAN JULIAN, obispo, en Apamea en Siria; el cual resplandeció en santidad en tiempo del emperador Severo. (Distinguióse este Santo en combatir las doctrinas de los herejes catafrigas, que aparecieron en el Oriente durante el siglo II.)

SAN CIPRIANO, abad, varon de gran santidad, en Perigueux en Francia.

SANTA GORGONIA, hermana de S. Gregorio el Teólogo, en Nacianzo, el cual escribió sus virtudes y milagros. (Fué un esclarecido dechado de todas las virtudes: la oracion fúnebre que su hermano S. Gregorio Nacianceno pronunció con motivo de su muerte, se halla en la coleccion de las obras de este gran Padre de la Iglesia.)

SANTA LEOCADIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

LA España ha sido en todos tiempos un campo fértil en grandes santos, y la sangre de los muchos gloriosos mártires, con que fué regada desde los primeros siglos de la Iglesia, ha aumentado considerablemente su número. Entre tantos héroes cris-



SANTA LEOCADIA .
VIRGEN Y MARTIR .

tianos se vió un prodigioso número de doncellitas, que elevándose sobre la delicadeza de su edad y de su sexo por su constancia en la fe, insultaron la barbarie de los mas crueles tiranos, y vinieron á ser unos milagros de la gracia. Una de las mas célebres entre todas estas vírgenes mártires es Sta. Leocadia (*). Era natural de Toledo, ciudad bien conocida en España: su familia era de las mas antiguas y nobles del país; vino al mundo á fines del tercer siglo. Como sus padres eran cristianos, tuvieron cuidado de educarla segun los principios y máximas de la religion cristiana. El natural y las inclinaciones de la jóven Leocadia abreviaron mucho las lecciones de su educacion. Como si solo hubiera nacido para la piedad, ignoró los entretenimientos mas ordinarios de los niños. Prevenida desde la cuna de las mas dulces impresiones de la gracia, hizo creer por su conducta que su virtud habia prevenido á la edad de la razon: tanta era la cordura, tanto el juicio que manifestaba desde sus mas tiernos años. Su principal diversion era la oracion; y aunque dotada de un espíritu vivo y desembarazado, de una rara belleza, y de todas aquellas brillantes prendas en que de ordinario fundan su principal mérito las de su sexo, no conoció otras galas sino las que da la virtud; y ninguna cosa tenia atractivo para ella sino el retiro. Su modestia inspiraba veneracion y respeto. Era mirada en Toledo como un prodigio de talento y de santidad; y pasaba hasta en el dictámen de los paganos por la doncella mas cabal que habia en España.

Vivia Leocadia en su casa como verdadera religiosa, y estaba en esta alta reputacion de prudencia y de virtud en toda la ciudad, cuando Daciano, gobernador de la España Tarraconense, fué enviado á Toledo por los emperadores Diocleciano y Maximiano, con órden de valerse de todos los medios imaginables para esterminar el culto del verdadero Dios. Quizá no hubo jamás tirano mas cruel ni mas bárbaro, ni mas enemigo del nombre cristiano. Lo mismo fué llegar á su gobierno, que hacer publicar los edictos de los emperadores contra todos los que profesaban la religion cristiana, y empezar á perseguir á los fieles con furor. No se veian en todas partes sino horcas y cadalsos: no se hablaba sino de crueles tormentos y de ejecuciones: las cárceles

(*) En las lecciones del Breviario antiguo de Eborá dice Resendio que *Leocadia* es corrupcion de *Leucadia*, que era el nombre propio de esta gloriosa vírgen, el cual segun la derivacion que tiene del griego, quiere decir *Blanca*. De aqui infiere el M. Villegas que tuvo origen el nombre de Blanca que solian tomar en Castilla algunas mujeres.

estaban llenas de cristianos, y en todas partes no se presentaban á la vista sino destrozos y una horrorosa carnicería.

Habiendo venido á Toledo Daciano, respirando rabia y furor contra los cristianos, hizo publicar los edictos de los emperadores, y prohibió so pena de la vida adorar á otro dios que á los dioses de los emperadores. Mandó que se hiciese una exacta pesquisa de todos los cristianos, y se le diese una lista de ellos. Ejecutóse la orden: Leocadia era demasiado conocida hasta de los paganos para no tener la gloria de estar puesta á la cabeza de esta lista. El gobernador se informó primero quien era la doncella que hacia profesion de una religion proscrita por los emperadores: le dijeron que era una jóven de la primera calidad, cuyos antepasados habian ocupado hasta entonces los primeros empleos del estado, y que mil bellas cualidades la hacian recomendable, pero que era cristiana; y como su gran virtud, la pureza de sus costumbres y su modestia tenian embelesado al público, hacia honor á su religion, y desacreditaba altamente con su ejemplo el culto de los ídolos. Desde luego comprendió Daciano que si podía pervertirla, ninguna cosa adelantaria tanto sus designios como esta conquista; y así mandó que se la trajeran. Apenas oyó Leocadia que la llamaba el gobernador, se dispuso para el martirio. Renovó el voto que habia hecho á Dios de su virginidad, y con un nuevo fervor le hizo sacrificio de su vida. Despues de lo cual, animada de un valor que solo Dios puede inspirar, se fué á palacio, y se presentó al gobernador con una intrepidez verdaderamente cristiana.

Al verla Daciano, quedó prendado y embelesado de su compostura y modestia: se levantó para hacerla este honor, y con un tono dulce, afable y respetuoso la dijo: Estoy informado de la nobleza de tu nacimiento, del mérito de tus abuelos, y de las bellas calidades de tu persona. Yo mismo veo, que por brillante que sea el retrato que se me ha hecho de tí, es inferior á tu propio mérito. Haré saber á los emperadores el tesoro que se oculta en Toledo; y tú debes esperar ser llamada muy en breve á la corte, en donde harás un papel muy sobresaliente, y hallarás bien pronto un partido digno de tu nacimiento. A la verdad te han querido hacer no muy buenos servicios para conmigo, delatándote como cristiana; pero yo no he querido escuchar la calumnia: tienes sobrado entendimiento, y eres demasiado prudente para dejarte arrastrar de una secta que miran con horror todas las gentes de bien, y que está proscrita en todo el imperio.

Santa Leocadia escuchaba todo este razonamiento sin decir palabra, con los ojos bajos, y sin mostrar en su semblante ni ter-

ror ni alteracion alguna. Habiendo acabado de hablar Daciano, tomó la palabra nuestra Santa, y con un tono de firmeza y de seguridad, sin faltar jamás á su modestia, le dijo: Señor, estoy muy reconocida a los sentimientos ventajosos que habeis formado de mí, y á la honra que haceis á mi familia; pero permitidme que os diga, que no puedo menos de mirar con dolor la preocupacion en que os veo contra los cristianos, y el menosprecio que haceis de la religion cristiana. Solo puede no estimarla el que no la conoce: basta ser racional para estar persuadido á que esta religion es la sola verdadera. Esos que llaman dioses del imperio, son unos dioses fabulosos: ¿puede ser hombre cuerdo, puede hacer buen uso del juicio y de la razon el que solo tiene una idea quimérica de la divinidad? Sola la religion cristiana nos hace conocer este Ser supremo, omnipotente y eterno; ella nos enseña que la verdadera nobleza no se encuentra sino en el servicio de Dios, y que no hay honra igual á la que se tiene en servirle con fidelidad; y por lo que á mi toca, añadió levantando la voz, no reconoceré jamás otro Dios que este, y pondré toda mi gloria en ser cristiana. Dijo esto la Santa con tanta valentia, modestia y agrado, que toda la asamblea pareció aplaudirla y darla la enhorabuena: al mismo Daciano le dió golpe una intrepidez tan bien fundada; pero reflexionando que el mostrarse blando en favor de los cristianos era desagradar á los emperadores, y que seria una cosa vergonzosa para él ceder á las razones de una doncellita cristiana, se trocó en furor toda su admiracion, y mirando á la Santa con ojos terribles, la dijo: Anda, vil esclava, eres indigna de la familia de que has salido. Luego, volviéndose hácia los verdugos que le rodeaban, añadió: Pues esa mujercuela hace profesion de ser sierva de un galileo, muerto en una cruz, que se la trate como á esclava. Mandó despues que la moliesen á palos: ejecutóse la sentencia con crueldad; bien pronto fueron quebrantados sus miembros: su cuerpo delicado molido á palos, se abrió por todas partes en grietas, y la sangre corria á arroyos de sus heridas. Durante un suplicio tan cruel y tan horroroso (*), no se le soltó á la Santa el menor suspiro, ni la menor lágrima. Una alegría sobrenatural derramada sobre su cara, manifestaba los dulces consuelos interiores de que estaba inundado su corazón. Sus ojos estaban fijos en el cielo, y su boca no se desplegaba sino para dar gracias á Dios por el favor que la hacia de permi-

(*) Refiérese este suplicio en las lecciones de su oficio del monasterio de Cella, confirmándolo algunas pinturas antiguas que se hallan en Toledo.

tirla padecer por su gloria. El tirano, que no queria hacerla espirar á golpes, mandó que fuese llevada á la cárcel, y encerrada en un horroroso calabozo, á fin de reservarla para mayores suplicios. Viendo Leocadia deshechos en lágrimas á los cristianos, y movidos á compasion por verla en tan lastimoso estado, los consoló diciéndoles, que antes bien debian tenerla envidia, y dar gracias á Dios por el favor que la hacia de dejarla padecer por su divino esposo Jesucristo.

La Santa, encerrada en el calabozo, alababa día y noche al Señor, y miraba su prision como una habitacion que preferia á los mas magníficos y mas deliciosos palacios del mundo. Habiéndola dicho los horribles tormentos en que la virgen Eulalia habia consumado en Mérida su glorioso martirio, la enterneció tanto esta noticia, y la de los suplicios que hacian padecer á los cristianos, y asimismo la de la horrible persecucion que se encendia contra los siervos de Dios, de la cual esta primera barbarie no era mas que un preludio, que suplicó con instancias al Señor la sacára de una tierra en que el nombre de su divino Esposo iba á estar en execracion, y en que se iba á hacer una tan espantosa carniceria en los fieles. Fué oida su súplica, y en el mayor fervor de su oracion, habiendo besado tiernamente una cruz, que habia grabado milagrosamente en una piedra dura con sola la impresion de su dedo, espiró de repente. Esta preciosa muerte sucedió el día 9 de diciembre del año 303. Algunos afirman que habiendo sabido nuestra Santa en la cárcel los combates y el triunfo de Sta. Eulalia y de los otros mártires, se puso en oracion para pedir á Dios la gracia de gozar cuanto antes de su gloria; y que este deseo de ver á Dios fué tan ardiente, que le entregó su dichoso espíritu entre estos violentos trasportes de amor. Su cuerpo fué arrojado al campo por los paganos; pero los cristianos tuvieron cuidado de llevárselo, y enterrarlo en un sitio muy cercano. Despues se edificó una magnífica iglesia en el paraje donde estuvo sepultada; en cuya iglesia se tuvieron muchos concilios, y en ella misma sucedio aquel gran milagro que refieren los mas antiguos autores.

Estando en oracion S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, ante el sepulcro de esta Santa en presencia del rey Recesvinto y de toda la corte, se quitó por sí misma la losa que cubria el sepulcro, que era de una enorme grandeza: Sta. Leocadia salió del sepulcro cubierta con un gran velo, y encarándose con el santo arzobispo, le dijo: Eres dichoso, Ildefonso, en tener una tan viva y tierna devocion á la santísima Virgen, y por haber defendido con tanto valor contra sus enemigos su gloria, y sus in-

signes prerogativas: continua, illustre devoto de María, en honrar y hacer que los demás honren á nuestra comun Reina. Os aseguro, que lo deis esperar todo de su poder y de su bondad. Habiendo dicho esto, se volvió Sta. Leocadia á su sepultura, dejando á todos los asistentes con un santo temor, y una respetuosa admiracion, que se asemejaban á un dulce éstasis. Durante esta milagrosa aparicion, habiendo S. Ildefonso tomado en su mano la punta del velo de la Santa, cortó un pedazo de él con el cuchillo que el rey llevaba á la cinta, cuya preciosa reliquia se conserva todavia en el sagrario de la santa iglesia de Toledo.

Hay en esta ciudad tres magníficas iglesias consagradas bajo el nombre de Sta. Leocadia: una en el sitio donde nació ó donde vivió, junto á la parroquia de S. Roman; otra donde estuvo en la cárcel donde murió junto al Alcázar; y la tercera donde estuvo sepultada, que estaba fuera de la ciudad en la vega no léjos del Tajo. Esta última fué edificada por la piedad y liberalidad del rey Sisebuto. De las traslaciones de las santas reliquias de santa Leocadia hablamos el día 26 de abril, pág. 418: véanse.

La misa es en honor de Sta. Leocadia, y la oracion la que sigue:

Señor, os pedimos que sea- de la cárcel eterna por el pamos ayudados por los ruegos y trocinio de la que por confesar méritos de la bienaventurada vuestro nombre sufrió la cárcel y la muerte. Por nuestro Leocadia, vuestra virgen y mártir, para que seamos librados Señor, etc.

La Epistola es del cap. 54 del Eclesiástico, y la misma que el día 11, pág. 29.

REFLEXIONES.

Alabaré sin cesar vuestro nombre. Tal debe ser el lenguaje de todos los cristianos; ¿pero pueden todos tener este lenguaje? y si hablaran así, ¿no los desmentiría su conducta? ¿Se alaba al Señor en esas concurrencias de mundo y de placeres, en esos espectáculos profanos, en donde todo conspira á seducir el alma y afeminarla? ¿en donde el corazon, gobernándose por los oidos y por los ojos, se aficiona y se tira á todo lo que le agrada, y en donde la razon, suspensa entre tantos encantos, calla y enmudece? ¿la religion es atendida, es oida entre un grande estruendo

de placeres? Solo gusta lo que lisonjea los sentidos; y entre tantos objetos tan capaces de agradar, y que en efecto agradan, ¿será el alma señora de sus deseos? Los espectáculos profanos, hablando en propiedad, no son otra cosa que una sabia escuela de todas las pasiones. En ellos se dan á las claras, y con feliz suceso, lecciones públicas de galanteo, de engaño, de venganza, de ambicion; en ellos se aprende como se ha de conducir con habilidad un enredo amoroso, como se ha de deslumbrar la escrupulosa vigilancia de los padres, como se ha de sorprender la buena fe por medio de ardidés: allí se aprende á no poner jamás en vano lazos á la inocencia, á deshacerse con destreza de un inconveniente, á vengarse á golpe seguro de un enemigo, á fabricar la fortuna sobre las ruinas de la fortuna ajena, y todo esto con habilidad y con destreza; y como todas son lecciones lisonjeras, y á las cuales los autores dan un maravilloso relieve, ¿qué progreso no hará una pasión viva y ardiente, insinuada con tanto artificio, en un corazón donde encuentra ya tan bellas disposiciones? Todo lo que se ve, todo lo que se oye en el teatro, son tiros que se hacen á los sentidos y á alguna pasión: galas, mutaciones, canciones, armonía, concurso, todo tiento; y á fuerza de gustar lo que encanta, se encuentra cierto embeleso en los mismos lazos, se halla gusto en ser tentado, se gusta ser movido, ser ganado y rendido. ¿Por ventura enseña el teatro otras lecciones? ¿se va al teatro á aprender otra moral? Fácilmente se familiariza el alma con lo que la agrada, sin reparar en que haya en ello peligro: la dulzura del veneno hace olvidar los funestos efectos que produce: no se ve cosa que sea vergonzosa en las pasiones desde que han sido disfrazadas en el teatro y hermoeadas por el arte: á fuerza de admirar y de aplaudir lo mas vergonzoso, se aprende á no avergonzarse de nada. Pero esos eternos admiradores del teatro, ¿cuanto han aprendido en él, y siempre á sus propias espensas! Ellos saben cuanto han aprendido. ¿Salieron jamás de él con una conciencia mas delicada? ¿aprendieron jamás á ser mas modestos, mas circunspectos, mas cautos? ¿sacaron de él ideas mas puras, maneras de hablar menos libres, modos de obrar mas cristianos? Al salir de los espectáculos ¿queda mucho gusto á la devoción? ¿se puede dejar de convenir que esta desenfadada licencia del siglo, que esta espantosa corrupcion de las costumbres, que este disgusto de la piedad tan universal en el mundo, que esta indiferencia, por no decir este desprecio de la religion, la que el dia de hoy casi está reducida á ciertas exterioridades de decencia entre los mundanos; se puede dejar de convenir que todo esto es uno

de los frutos mas naturales y mas ordinarios de los espectáculos profanos? Ciertamente, á no ser que se quieran ahogar hasta los primeros principios de la razón y de la religion, ¿con qué artificio se puede concordar el Evangelio con los espectáculos?

El Evangelio es del cap. 23 de S. Mateo, y el mismo que el dia iv, pág. 76.

MEDITACION.

De la leccion espiritual.

PUNTO PRIMERO. — Consideremos que en la oracion hablamos á Dios, y en la leccion espiritual es Dios quien nos habla y nos dice lo que leemos. Por los libros de piedad nos instruye el Señor, y nos da á entender lo que quiere de nosotros: por medio de ellos nos descubre los ardidés mas sutiles del enemigo, y nos enseña á evitarlos. Estas lecturas saludables son un espejo en que el Señor nos pone á la vista las enfermedades mas ocultas del alma, mostrándonos al mismo tiempo los remedios eficaces para curarlas. Por estas piadosas lecturas nos habla el Espíritu Santo al corazón, nos descubre nuestras imperfecciones, y nos desenvuelve todos los misterios de iniquidad del amor propio: en ella aprendemos á conocer el valor, el mérito y las dulzuras de la virtud; los efectos funestos del pecado, los caminos de Dios, y el arte de llegar á una santidad perfecta. La lectura espiritual es propiamente donde aprendemos la ciencia de los Santos. Los libros de piedad, dice S. Agustin, son como unas cartas que nos vienen de nuestra patria celestial. Leámoslas, pues, con aquella atencion que podria un hombre que recibiera cartas de su país despues de haber estado ausente de él mucho tiempo. Leámoslas para ver lo que nos dicen de nuestros padres, de nuestros hermanos y de nuestros amigos que están allí; qué fortuna han tenido, cuál es el motivo de su actual gozo, por qué camino han llegado á este dichoso estado, qué es lo que piensan de nosotros, qué idea tienen de las alegrías, de los bienes, de las honras y de las adversidades de esta vida. Finalmente, leámoslas para ver lo que nos cuentan de un lugar adonde tenemos tanta ansia de llegar. Los libros devotos son como un espejo que debemos poner delante de los ojos de nuestra alma para ver en él nuestro interior: en ellos nos es fácil conocer todas las manchas y todos los defectos que hay en él. Considera cuanto puede ayudarte la leccion espiritual para obrar tu salvacion.

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué fruto no puedes sacar de la lectura de las vidas de los Santos, y mas bien, si la haces con un corazon dócil, por un motivo puro, con un verdadero deseo de aprovecharte. Unas veces nos cuentan los hechos admirables de los Santos, á fin de escitarnos á imitarlos, y para que la vista de sus combates, de sus victorias y sus triunfos confunda nuestra cobardía, y sostenga nuestro aliento. Otras veces nos hablan de sus tentaciones, de sus imperfecciones, y tambien de sus caídas para animar nuestra confianza en Dios, y avivar nuestra esperanza, nuestra fe y nuestro zelo. En ellos vemos unas personas como nosotros, sujetas á las mismas pasiones, acometidas de los mismos enemigos, envueltas en los mismos embarazos; de la misma condicion, del mismo estado, del mismo sexo y de la misma edad; las cuales, mas generosas, mas fieles y mas determinadas que nosotros, vencieron, con la gracia del Señor, y con el socorro de las mismas armas que tenemos nosotros, vencieron á esos enemigos, superaron esos obstáculos, domaron sus pasiones, mortificaron sus sentidos, practicaron la virtud, y llegaron por último á la mas sublime perfeccion. ¿Y por qué no podré yo hacer lo que ellos y ellas hicieron? ¿tengo yo menos interés en obrar mi salvacion que tuvieron ellos? ¿como es posible leer estos grandes modelos á sangre fria y sin provecho? Los libros devotos son el resumen, y como el jugo de la sagrada Escritura: son un alimento ya masticado y preparado para cada uno en particular. ¡Qué poco se conoce, Dios mio, el mérito y la utilidad de la leccion espiritual! ¡cuantos Santos ha hecho Dios por este medio!

Ya conozco, Señor, lo mucho que he perdido, menospreciando un medio tan fácil y tan á propósito para ser virtuoso. Haced, Dios mio, que desde hoy no me sea inútil un socorro tan poderoso, del cual propongo servirme en adelante.

JACULATORIAS. — Yo, Señor, de hoy en adelante tendré mas gusto en leer vuestras instrucciones, que en probar la mas dulce miel. (*Psalm.* 138.)

Espero, Dios mio, que las reflexiones que haré leyendo los libros de piedad, abrasarán mi corazon en el fuego de vuestro amor. (*Psalm.* 38.)

PROPOSITOS.

1 Nada es mas útil que la leccion espiritual; pero para que sea provechosa es menester leerla, no de corrida, y como quien

lee una cosa por pura diversion, sino despacio y con suma aplicacion. Las lluvias de tempestad nunca son útiles: las que fertilizan la tierra son las lluvias apacibles y continuadas. Lee con reflexion; y cuando alguna cosa te dé golpe, vuélvela á leer mas de una vez. La reflexion debe acompañar siempre á la lectura. Cuando leas, no tanto has de buscar el aprender las cosas de Dios, quanto el gustar de ellas. Lee poco, pero bien; quiero decir, procura penetrar lo que el Espíritu Santo te dice por medio de la lectura. No hagas estudio de la lectura: tómalala como una leccion que Dios te da.

2 Destina cada dia algun rato determinado para tener tu leccion espiritual, y nunca te dispenses en este particular. Levanta tu espíritu á Dios para pedirle sus luces al empezar á leer; y acaba la lectura por estas palabras: *Confirma hoc, Deus, quod operatus est in nobis*: Haced, Dios mio, que sean eficaces los buenos afectos que acabais de inspirarme. Lee todos los dias un capítulo del libro de la Imitacion de Jesucristo; la Introduccion á la vida devota, por S. Francisco de Sales; la Guia de pecadores, por fray Luis de Granada; el Conocimiento y el amor de nuestro Señor Jesucristo, por S. Jure; la Práctica de la perfeccion cristiana, por el P. Rodriguez, etc. Todos estos son libros escelentes: infórmate de tu director cuales te convienen; y no leas sino los que sean de su aprobacion.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

SAN MELQUIADES, papa, en Roma; el cual habiendo padecido muchos trabajos en la persecucion de Maximiano, restituida la paz á la Iglesia murió en el Señor. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES CARPÓFORO presbitero, y ABUNDIO diácono, en el mismo dia; los cuales en la persecucion de Diocleciano, primero fueron apaleados cruelmente, luego encarcelados sin darles de comer ni beber; despues los volvieron á atormentar en el caballete, y al cabo de otro largo carcelaje fueron degollados.

EL MARTIRO DE SANTA EULALIA, virgen, en Mérida en España; la cual en tiempo del emperador Maximiano, siendo de doce años de edad, por mandato del presidente Daciano padeció muchos tormentos, por haber confesado á Jesucristo; y últimamente colgada en el caballete, allí le arrancaron las uñas, y con hachas encendidas le abrasaron ambos costados, y ahogada con la violencia del fuego, entregó su espíritu al Señor. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA JULIA, virgen y mártir, en la misma ciudad, compañera de